

EL GENIO DE LA MUJER: RECURSO PARA LA SOCIEDAD Y PARA LA IGLESIA

**Reflexiones a la luz del Magisterio de Juan Pablo II
a veinte años de la *Mulieris dignitatem***

Sor Enrica Rosanna

*Subsecretaria de la Congregación para la Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida Apostólica*

Sobre tu blanca tumba
se abren las flores blancas de la vida.
¡Oh cuántos años han desaparecido
sin ti! ¡Cuántos años!

Sobre tu blanca tumba
cerrada ya desde hace años
algo parece despertarse:
inexplicable como la muerte.

Sobre tu blanca tumba,
Madre, amor mío apagado,
de mi corazón filial
una plegaria:
a ella dale el descanso eterno.

Este poema, escrito por Karol Wojtyła el año 1939, está dedicado a su madre. Se trata de una poesía que explica algo sobre él, de

su interés reverente y afectuoso hacia el genio femenino, hacia el misterio fecundo de la maternidad en la sociedad y en la Iglesia. Él mismo, en su autobiografía, hace referencia a estas raíces profundas: “Todo lo que escribí sobre el tema [de la mujer] en la *Mulieris dignitatem*, lo llevaba dentro de mí desde que era muy joven, en cierto sentido desde la infancia. Quizás también influyó en mí el clima de la época en que fui educado, clima caracterizado por un gran respeto y consideración hacia la mujer madre.”¹

Hay, sin embargo, otros indicadores significativos de este interés. Lo encontramos en la gran solicitud con la que el Papa, desde el comienzo de su Pontificado, se dirigió al hombre “camino de la Iglesia”; está presente en todo su magisterio, que pone en el centro la verdad sobre la persona humana revelada en Jesucristo: encuentra un fundamento en su concreción pastoral que lo hace sensible al desarrollo de la historia, incluso de la historia de las mujeres, que él demuestra conocer y apreciar a través de sus numerosas intervenciones y de tantos gestos de solidaridad y amistad.

Por todos estos motivos, tomo como punto de partida para hablar del “genio de la mujer” los escritos de Juan Pablo II.

Hay un aspecto, interesante e inédito, del diálogo entre Juan Pablo II y las mujeres, que sorprende y maravilla. Él pretende comunicar no sólo con la inteligencia de ellas sino con el corazón, intentando sensibilizar, al mismo tiempo, al mundo con los problemas de las mujeres; él se pone en actitud de escucha ofreciendo posibilidades de expresión, de discusión, de aprendizaje, de enriquecimiento. Ofrece un diálogo para “pensar” y “amar”, y es justamente gracias a sus escritos, en los cuales se entrelazan armoniosamente estilo poético y meditativo, símbolos y metáforas, que también más mujeres hablan hoy a otras mujeres y más mujeres hablan juntas a los hombres.²

Llama la atención, escribe el cardenal Ersilio Tonini, esa manera de dirigirse a todas las mujeres del mundo, directamente, en prime-

¹ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Milán 1994, 237.

² A este propósito cf. G. P. DI NICOLA-A. DANESE, *Il Papa scrive, le donne rispondono*, Bologna 1996.

ra persona, con un estilo confidencial, pero todavía más esa forma de describir la ‘función de base’ que las mujeres han ejercitado durante siglos dentro de la comunidad humana. Se la llamaba ‘vida privada’ y, como tal, podía permanecer invisible. Ahora está apareciendo, sin embargo, como esa rica reserva esencial para el futuro de la humanidad. La Carta del Papa a las mujeres ha descubierto una extraordinaria riqueza humana, de la que todos nosotros hemos disfrutado. Y cuanto más nos adentramos en la vida, con tanta mayor agudeza la descubrimos como constitutiva de nuestro yo más profundo. Solo que, precisamente por ser tan íntima para cada uno de nosotros, era considerada como un bien privado completamente ajeno a las tensiones socio-políticas. Ver surgir ahora esa riqueza tan personal como la última reserva para el futuro del mundo resulta una especie de revelación sobre nosotros a nosotros mismos”.³

1. EL GENIO DE LA MUJER

Juan Pablo II quiere comprender el misterio de la mujer e intuye su don y su riqueza; él quiere penetrar ese “genio” que, al mismo tiempo, vela y desvela la eterna medida de la dignidad femenina y le conduce a dar gracias a la Trinidad por las grandes obras de Dios que, en la historia de las generaciones humanas, se han realizado en ella y por medio de ella.

El genio de la mujer es, por tanto, ese punto neurálgico en torno al cual se condensan todas las reflexiones sobre la misión que cada mujer está llamada a realizar en la sociedad y en la Iglesia al servicio de la persona humana. “Genio”, no identificado con el tradicional estereotipo de la feminidad, sino como expresión en femenino de la triple función (sacerdotal, profética y real) y como participación e implicación de las mujeres en diversos ámbitos (arte, ciencia, economía, salud, cultura, política, iglesia.. .) a través de la aportación específica de su feminidad. Genio, por tanto, como valor inestimable de la feminidad, de su modo de existir y relacionarse con el mundo.

³ E. TONINI, *Prefazione* para M. BELLINI-G. DE CARLI, *Quando la Chiesa e donna*, Milano 1996, VIII.

Genio como “signo” del ser de la mujer que, especialmente en la Iglesia, debe encontrar “espacios, tiempos y modos de expresarse; sea porque la Mujer en su misma imagen de virgen-esposa-madre es paradigmática en orden a la fidelidad-fecundidad de la Iglesia entera, sea porque la Mujer desempeña a ejemplo de María esa diaconía materna hacia los nuevos hijos de Dios y de la Iglesia encomendados de manera *vigorosa* a sus cuidados”.⁴ He aquí por qué el cuidado y la preocupación por los otros se convierte en un *leitmotiv* en los escritos del Papa: “La fuerza moral de la mujer, su fuerza espiritual se une con la conciencia de que *Dios le encarga de modo especial cuidar del hombre*, del ser humano [...] precisamente a causa de su feminidad... *La mujer es fuerte porque es consciente del encargo*, fuerte por el hecho de que Dios ‘pone en sus manos al hombre’, siempre y en cualquier circunstancia... Nuestros días *esperan la manifestación* de aquel ‘genio’ de la mujer que asegure la sensibilidad para el hombre en cualquier circunstancia: por el hecho de ser hombre”.⁵

La mujer, por tanto, tiene una primacía sobre el hombre gracias a este encargo. Resulta de este modo la transformación de la situación cultural de la humanidad hasta este momento de la historia. A la mujer pertenece una primacía en la mutua reciprocidad, justo por el hecho de su diferencia femenina, por su relación con Dios, con la vida, con cada persona humana.

Con este fin deseo abrir un paréntesis sobre la relación de la mujer con la vida haciendo referencia al encuentro entre María e Isabel (Lc 1,39-48). Lucas contempla el santuario de dos mujeres en espera de ser madre: María que lleva en su seno a Jesús e Isabel próxima a dar a luz a Juan. En el Nuevo Testamento, como testimonio el Evangelio lucano, profetizan primeramente dos mujeres, es más dos madres: el gran sacramento es la vida.

La vida es Evangelio, Buena noticia; es luz confiada por Dios de modo particular a la transmisión, al cuidado y a la custodia de las mujeres. María e Isabel dicen: Dios viene como vida. Dos mujeres: la

⁴ A. VANZAN-A. AULETTA, *L'essere e l'agire della donna in Giovanni Paolo II*, Roma 1996, 3031.

⁵ JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, 31.

virgen y la estéril, ambas encinta de modo imposible, anuncian que viene al mundo lo que el hombre por sí solo no puede darse: la vida.

A la mujer pertenece, pues, de modo absolutamente especial, aunque no de forma exclusiva, la actitud de acoger, de guardar, de hacer crecer. Y nada de lo que se refiere a la vida, a la vida humana especialmente, incluso a la vida espiritual, le resulta extraño. El don de la feminidad se convierte así en una tarea: toda mujer tiene que conquistar, construir, la propia feminidad; es precisamente en su entrega a los demás en la vida de cada día donde ella percibe la profunda vocación de su propia vida; ella que, quizás aún más que el hombre, conoce al hombre porque lo ve con el corazón.

De aquí deriva una primera constatación: el genio de la mujer aún no ha dicho su última palabra en la historia de la humanidad; por tanto, resulta urgente invocar aquel “suplemento de alma” del que la mujer es portadora para caminar sin parcialidad hacia ese humanismo integral, que no llegará a ser tal mientras no se supere el desequilibrio con el varón. Y esto es así porque comprender y valorar el núcleo más profundo de la feminidad es responder a las necesidades más íntimas de cualquier persona. De esto da testimonio con toda claridad, la historia de las mujeres humildes y grandes que han enriquecido a la humanidad con su ser y con su actuación.

Pienso en algunas grandes mujeres: Brigida de Suecia, Catalina de Siena, Teresa Benedicta de la Cruz, que con lo concreto de su fe, esperanza, caridad, han ofrecido una contribución fecunda a la construcción de Europa.

Teresa Benedicta de la Cruz, hebrea conversa, monja carmelita, pensadora, filósofa, mística, mártir. Durante su vida peregrinó por muchos países europeos, trazó un puente entre sus raíces hebreas y la adhesión a Cristo; la fuerte, convencida, apasionada opción de fe la ha llevado a concluir tristemente su existencia en el famoso campo de concentración nazi de Auschwitz, gritando con el martirio las razones de Dios y del hombre en la desmesurada vergüenza de la *shoah*. Todo en la vida de esta mujer es expresión del tormento de la búsqueda: la búsqueda de la verdad, que Edith - luego Teresa Benedicta de la Cruz - ha encontrado en una persona, Jesucristo, y en la fe de la Iglesia.

Brígida de Suecia, seglar felizmente casada, madre de ocho hijos, mística, fundadora. Una santa del extremo norte de Europa. El amor esponsal por el marido se unía a la oración y al compromiso por los pobres y los enfermos. Fue educadora prudente y en varias ocasiones dio consejos a príncipes y soberanos. Como mística extraordinaria, experimentó esa íntima unión con Cristo que únicamente da el gozo de amar entregándose totalmente.

Catalina de Siena, la santa dominicana que realizó un extraordinario camino de perfección entre plegaria, austeridad y obras de caridad. Sus cartas abrasadoras se transmitieron por Italia y por Europa, con palabras ardientes sobre las problemáticas de la Iglesia y la sociedad de su época. Incansable pacificadora alcanzó a grandes soberanos europeos. Con la misma fuerza se dirigió a soberanos y a eclesiásticos, invitando a todos a dejarse plasmar de la fuerza del Evangelio, proponiendo la reforma de las costumbres, y suplicando a cada uno de dejarse modelar por la caridad, proponiendo a todos la fe que hace santos y la esperanza que no defrauda.

2. LOS FUNDAMENTOS

En las intervenciones de Juan Pablo II, la profundización sobre el genio de la mujer, y especialmente de su actitud de “preocuparse y cuidar de los otros”, ocupa un horizonte radical imprescindible, expresado claramente en varias ocasiones. El Papa se aparta de un modo negativo de ver a la mujer en relación con el mal y con el pecado, y en una situación de inferioridad, para contemplarla desde el punto de vista de Dios: espléndida en su dignidad. La mujer es vista en la humanidad común con el hombre, en la unidad de los dos, porque, siendo iguales en la realidad humana y en la dignidad con el varón, es distinta en la feminidad y son dos en unidad y comunión. Existen dos claves para esclarecer la novedad de lo femenino: una brota de la palabra revelada, y la otra de la filosofía de la persona. Esta última, la filosofía de la persona, ayuda a la comprensión del proyecto de Dios en cuanto que hombre y mujer son queridos expresamente por Dios como sujetos capaces de autonomía, decisión, personalidad, llamados a vivir juntos, en una relación interpersonal, de mutua comunión, de entrega mutua, de esencial reciprocidad.

Así se expresa el Papa en la *Christifideles laici*: “La condición para asegurar la justa presencia de la mujer en la Iglesia y en la sociedad es una más penetrante y cuidadosa consideración de los *fundamentos antropológicos de la condición masculina y femenina*, destinada a precisar la identidad personal propia de la mujer en su relación de diversidad y de recíproca complementariedad con el hombre, no sólo por lo que se refiere a los papeles a asumir y las funciones a desempeñar, sino también, y más profundamente, por lo que se refiere a su estructura y a su significado personal.”.⁶

Punto neurálgico de estos fundamentos es la afirmación de que, en la creación de la mujer, desde el comienzo está inscrito el principio de la ayuda no unilateral sino recíproca. La mujer es el complemento del hombre, lo mismo que el hombre es el complemento de la mujer: mujer y hombre son entre sí complementarios. La feminidad realiza lo “humano” de la misma manera que la masculinidad, pero con una modulación distinta y complementaria. Feminidad y masculinidad son complementarias entre sí, no sólo desde el punto de vista físico y psíquico, sino también ontológico. Y sólo gracias a la dualidad de lo “masculino” y de lo “femenino”, lo “humano” se realiza en plenitud. Es “la unidad de los dos”, es decir, la “unidualidad” relacional, lo que permite a cada uno sentir la relación interpersonal y recíproca como un don enriquecedor y responsabilizador. «A esta ‘unidad de los dos’ confía Dios no sólo la obra de la procreación y la vida de la familia, sino la construcción misma de la historia, la realización de su proyecto creador, el cumplimiento de salvación».⁷

“La mujer es ‘ayuda’ para el hombre, lo mismo que el hombre es ‘ayuda’ para la mujer”.⁸ Únicamente estando juntos pueden ambos elaborar una cultura de la persona humana que no siga la lógica del egocentrismo y de la autoafirmación, sino la del amor y la solidaridad. La conjugación de la “diversidad” es enriquecedora e indispensable para una armoniosa convivencia humana y exige atención, respeto, solidaridad, entrega recíproca: el ser “don para el otro” y al mismo tiempo “acogida” del don del otro, expresa la riqueza de una fecundidad fundada en una dignidad paritaria y en la igualdad.

⁶ JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 50.

⁷ JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres*, 8.

⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Discurso en la Audiencia General*, 7 septiembre 1995.

La actuación concreta de este recíproco intercambio exige hoy ser declinada culturalmente siguiendo un itinerario de profundización, redefinición, conciencia asumida de las dos identidades, la del hombre y la de la mujer. Un camino que debe estimular a los hombres a profundizar su propia identidad, a mantener un discurso a “dos voces”, no sólo en la forma de vestir y en todas las dimensiones de la vida de relación, sino en la reflexión teórica.

A nivel de experiencia vivida, este es, quizás, como se deduce de todo lo que dice el Papa, el reto para el futuro: reciprocidad en el ámbito de la familia, del trabajo, de la cultura, de la Iglesia, en cualquier lugar donde sea “posible estructurar la vida humana desde el principio originario varón y hembra los creó” y, por tanto, desde la unidualidad antropológica, a imagen de la unitrinidad de Dios.

3. LA MATERNIDAD

La referencia a los fundamentos de la cuestión femenina establece las premisas para comprender y profundizar la contribución concreta del “genio” de la mujer en la sociedad bajo un ángulo particular: la maternidad. En la mujer madre, Juan Pablo II percibe y medita el misterio de la encarnación. Precisamente en honor a la mujer escribe páginas de poesía y de esperanza, que expresan de una manera más completa y profunda aquellas de los años de juventud y canta un himno a la vida.

A todas las madres ofrece como modelo a María, la mujer por excelencia, síntesis admirable de ese “genio” femenino que nace de la humilde y sabia disponibilidad sin ninguna reserva a la voluntad de Dios. Escribe: “Al principio de la nueva creación, mediante el consentimiento de una mujer, es como el Verbo entra en la historia y se hace hombre (cf. *Lc 2, 38*). ‘Hágase en mí lo que has dicho’, dice María, y el Verbo se hace carne dentro del espacio espiritual y corpóreo que le ofrece la disponibilidad creyente y amante de María”.⁹ Esta misma disponibilidad creyente y amante se la pide él a toda mujer para que acoja en la propia existencia las “anunciaciones” de la vida

⁹ JUAN PABLO II, *Messaggio al Congresso Nazionale CIF*, in *L'Osservatore Romano*, 6 dicembre 1982.

ordinaria y, sobre todo, para que se abra al don de la vida, para que no tenga miedo del don de la vida, para que ¡no tenga miedo del hombre! El misterio gozoso de la mujer que se preocupa de la vida, en nuestra cultura de muerte, es misterio de una maternidad afectiva, cultural y espiritual, que incide profundamente en el desarrollo de la persona y en el futuro de la sociedad. “Con ella, afirma el Papa, la mujer asume un cierto rol ‘fundativo’ respecto de la sociedad”.¹⁰

En este sentido, cito con agrado un fragmento de Edith Stein: “Sea cual sea el lugar donde se encuentre la mujer al lado de un ser humano solo, especialmente si éste se encuentra en situación de inexperiencia, física o espiritual, y sea cual sea el lugar donde participe con amor y comprensión, aconsejando, ayudando, ella es compañera en el viaje de la existencia; compañera que se comporta de manera que el hombre no se encuentre solo. Sea cual sea el lugar donde ayude a una criatura humana a desarrollarse, a encontrar el propio camino, a conseguir la propia realización, física, psíquica, espiritual, ella es madre”.¹¹

Al valorar la maternidad, el Papa no pretende limitar a la mujer a la función de ama de casa, no intenta reducirla a la “mera función reproductora”, sino que pide que las funciones del hombre y de la mujer no sean homologables y que a las mujeres no se les niegue la misión materna, que es decisiva para el destino de la humanidad. La maternidad asume, simbólicamente, el significado de la perfección misma de la persona, que encuentra en la capacidad oblativa el parámetro de la propia madurez.

En la maternidad, dice Juan Pablo II, se revela la particular alianza de Dios con la mujer y el lazo especial entre el destino de la madre y el del hijo; y es este único modo de contacto con el nuevo hombre que se está formando lo que crea una actitud hacia el hombre, hacia cualquier hombre y no únicamente hacia el propio hijo, hasta el punto de caracterizar profundamente toda la personalidad de la mujer.¹²

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ E. GHINI, *La femminilità umanizza le realtà aride e consola quelle desolate*, in *L'Osservatore Romano*, 15 luglio 1995.

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Evangelium vitae*, 99.

Simone Weil se repetía muchas veces a sí misma: “No hay que pasar por delante de una cosa grande sin verla”. Que no ocurra también hoy, en nombre de un feminismo crítico aún no desaparecido del todo, que no seamos capaces de asombrarnos delante de Eva, delante de una madre que exclama: “He recibido un hijo del Señor”, de ser ciegos frente a la exigencia del reconocimiento social y eclesial del valor de la maternidad, como modelo de una relación fundada en la gratuidad; de desatender las capacidades relacionales propias de la mujer, como contribución a la creación de una convivencia solidaria entre las personas, hombres y mujeres; de descuidar la experiencia del cuerpo de la mujer que acoge, engendra, alimenta, como paradigma para las generaciones futuras y la salvaguarda de la vida en la sociedad y en la Iglesia.

El rico patrimonio de experiencia acumulado por las mujeres a lo largo de la historia, demasiadas veces cargado de esorias que han ido dejándole en los márgenes de su vida social y eclesial, nos convierte a nosotras, mujeres del tercer milenio, en portadoras de valores capaces de contribuir a la salvación humana. No sólo esto, sino que nuestra cercanía a las condiciones reales, en las que se desarrolla habitualmente la existencia humana, nos hace más conscientes de la multiplicidad de los factores que influyen sobre nuestro desarrollo, nos convierte en expertas del sentido de la limitación y sabedoras de la espesura del misterio que envuelve toda vida humana. La mayor cercanía con la vida que nace y crece, con el sufrimiento, con la enfermedad y con la muerte, nos hace pensar en el sentido último de la vida y nos hace atentas y acogedoras respecto al Dios de la resurrección.

Seguramente debemos tener la valentía de decir que hoy urge rescatar aquellos valores femeninos considerados con demasiada frecuencia “privados” o, más aún, débiles en sentido despectivo (la conciencia de la limitación, la acogida, la atención, la preocupación por los más débiles, la compasión), porque son los únicos capaces de contribuir a la salvación de lo humano, los únicos que pueden orientar la brújula hacia un mundo más a la medida de la persona y más habitable para todos, hacia “una sociedad y una Iglesia más mariana y, por ello mismo, más cristiana”.¹³ Urge especialmente

¹³ G. P. DI NICOLA, *Donne in crisi della modernità; aspetti peculiari della transizione*, in ROSANNA-CHIAIA, *Le donne*, 191.

recuperar el valor “materno” como contenido de nuestra aportación al servicio de la sociedad y de toda la humanidad.

Deseo hacer un paréntesis al respecto, que tomo de la simbología materna y que pudiera darnos ocasión de reflexión para nuestras relaciones cotidianas en la familia, en la comunidad eclesial, en la sociedad. A la maternidad está ligado ante todo el valor de la relación. Es en el seno de la madre que se hace carne aquel misterio de comunión/libertad que caracteriza a cada persona humana. Es imprescindible que nos pongamos en relación con los demás, pero tenemos que respetar plenamente el misterio de su libertad. La madre está en comunión profunda con su criatura, pero no respira en su lugar, no se confunde con su criatura: la plena comunión entre los dos es también plena libertad.

Otro aspecto de la maternidad a tener en cuenta es el *sentido del límite*, que cada mujer experimenta en su existencia viviendo momentos de fecundidad y esterilidad. También en las relaciones cotidianas con los demás es imprescindible aceptar el misterio de la limitación que nos abre al misterio de la diversidad, del intercambio de dones, de la valorización de la diversidad, del darse y recibir. Sólo si reconozco mi pobreza me abro al don y permanezco abierta a recibir dones.

La maternidad queda como algo típico de la mujer en cuanto experiencia del cuerpo que da, engendra, protege, alimenta, pero es también el más alto símbolo que la naturaleza nos ofrece respecto al cuidado de la vida que crece, a la solicitud por la comunión, al sentido de la responsabilidad.

Hay que aprender, sin embargo, a ser madres. Todo lo que es grande y sencillo es una donación, pero al mismo tiempo supone una conquista cotidiana. Además el hombre aprende, viéndolo inscrito en el cuerpo de la mujer, que la persona es ella misma si sabe darse, si sabe amar a alguien reconociendo sus valores, si sabe retirarse para dejarle sitio, si permanece junto a él/ella con esa materna actitud engendradora que es creadora de nuevas realidades intersubjetivas. La maternidad, en este sentido, acompaña a toda expresión de amor por la vida, como preocupación por el otro.

El hombre y la mujer aprenden, transitando caminos distintos, el significado de la maternidad, hecho evidente, en el plano espiritual y con referencia a los sufrimientos que conlleva la “generación” y “regeneración” de las personas por obra del Espíritu. Así la maternidad es considerada la dimensión típica de la Iglesia, en relación fecunda con Cristo, en quien hombres y mujeres cooperan con la paternidad/maternidad de Dios.

Como es obvio, esta cooperación requiere también ser traducida en servicios y funciones concretas dentro de la sociedad, de la familia, de la Iglesia, como sugiere en más de una ocasión el Papa: “La Iglesia siente cada vez más la urgencia de una [...] mayor valoración [de la mujer]. En la multiplicidad de los diferentes dones complementarios que enriquecen la vida eclesial, son muchas e importantes las posibilidades que se les abren [...] Pienso, por ejemplo, en la enseñanza de la teología, en las formas permitidas del servicio litúrgico, incluido el servicio del altar, en los consejos pastorales y administrativos, en los sínodos diocesanos y los concilios particulares, en las diversas instituciones eclesiales, en las curias y los tribunales eclesiásticos, y en tantas otras actividades pastorales, incluidas las nuevas formas de participación en la atención de las parroquias”.¹⁴

Nuestro tiempo apunta a la recuperación de lo femenino como tema humano. Y no puede ser de otra manera. Los valores que llevan la etiqueta de “femeninos” o se convierten en valores “humanos” o la humanidad desaparece. La fuerza profética de que la Iglesia es portadora, consiste precisamente en la predicación de que lo humano no es plenamente humano si no se ponen juntos los valores de lo femenino y de lo masculino.

Edith Stein escribió: “La Iglesia nos necesita, es decir, el Señor nos necesita. No es que Él no pueda actuar sin nosotras, sino que Él nos ha dado la gracia de hacernos miembros de su cuerpo místico y quiere servirse de nosotras como de miembros vivos”.¹⁵

¹⁴ JUAN PABLO II, *Angelus*, 4 septiembre 1995.

¹⁵ E. STEIN, *Le donne. Il suo compito secondo la natura e la grazia*, Roma, Città Nuova 1987, 167.

Esto nos honra y nos compromete a caminar por los caminos señalados por Juan Pablo II junto a aquella que, para nosotras las mujeres, es la otra mitad del cielo. Pienso en este momento en el estupendo cuadro de Rembrandt, ese en el que se ve al Padre que acoge al hijo pródigo... Sus manos, que expresan la benevolencia de Dios, son manos maternas y paternas. “Al mismo tiempo” ellas acogen, perdonan y bendicen.